

PERSONALIDADES DE LA JUNTA (II)

Conseguido el acuerdo de José María Lasarte y Josep Andreu, llamé por teléfono a Valentín Paz Andrade. Una de las figuras de más prestigio en Galicia. Me pidió incorporarse conmigo en el grupo de personas independientes y prometió gestionar la entrada de los partidos gallegos en el organismo unitario. La transición no ha hecho justicia a la memoria de esta gran personalidad cultural del galleguismo. Lo conocí por sus vinculaciones profesionales con la empresa Pescanova. Y al primer instante comprendí que era una persona fuera de lo corriente. A su sensibilidad literaria, poco común en la política, unía un talento especial para captar el sentido de los nuevos sentimientos regionalistas, que surgían como reacción a la desigualdad y desequilibrio en el desarrollo económico impulsado por el centralismo político. Nunca olvidaré su menuda figura llena de distinción, humanismo y perspicacia. Sus agudos análisis me ayudaron a comprender la naturalidad del andalucismo de Rojas Marcos y la culturalidad del valencianismo de Manuel Brosseta.

Un domingo de mayo de 1974 visité a Enrique Tierno Galván, en su domicilio de Ferraz, para que leyera el documento unitario y asistiera a una inmediata reunión, en el hotel Lotti de París, con Santiago Carrillo, Rafael Calvo Serer, un delegado del PNV, Josep Andreu, por la Asamblea de Cataluña, y don Valentín Paz Andrade. A medida que iba leyendo el texto su cara demudada del pajizo seco al blanco cerúleo. Hasta que, antes de terminar, explotó en un borbotón de angustia y miedo: «¡Pero esto es una revolución!». Mi sonrisa de ironía le humilló. «Claro, no se trata de una revolución social, no hablo por mí, estoy de acuerdo con el contenido, sólo es cuestión de lenguaje, deberíamos de suavizarlo». Por otros derroteros que le parecían menos ridículos añadió: «No creo, de otro lado, que a mi partido le convenga aparecer ahora de repente cogido de la mano del partido comunista y del Opus Dei, tengo que pensarlo con más calma». Era fácil de rebatir: «Franco está enfermo, Pablo Castellanos y Gil Robles preparan una plataforma de la oposición con exclusión del PC y tu partido, seguramente se negarán a integrarse en nuestra unión, aprovecha esta oportunidad para situarte a la izquierda del PSOE y lograr el reconocimiento de la Internacional Socialista. Me propongo presentar nuestra unión, ante la opinión internacional y el Parlamento de Estrasburgo, como la alternativa democrática a la dictadura. Adelántate a la muerte de Franco y al PSOE». Conocía muy bien a Tierno. Como persona, como intelectual y como político. Siempre he desconfiado de las personas que hablan como escriben. En un francés lo disculpo por la tradición que ha hecho admirar la brillantez y la precisión de la expresión oral en la conversación ordinaria. Pero entre nosotros, como en In-



glaterra, la pedantería oculta vicios del carácter y desdoblamiento de la personalidad. El alma tortuosa de Tierno la ocultaba su palabra suave y la delataba su cuerpo violento. Su cobardía rayaba en el delirio,

y su doblez, en el arte. Su naturaleza estaba compuesta como la de los centauros. A través del pantalón, sus pantorillas se dibujaban como las de un sátiro. Pero su inteligencia natural, más profunda que el entendimiento del mundo social y político que le daba su confusa cultura, era prodigiosa. Si hubiese leído menos y con más discernimiento, habría pensado y escrito mejor. Su pensamiento siempre estuvo dominado por sus pasiones. Como político y hombre de partido, cuando no seguía al pie de la letra los criterios de Raúl Morodo, era una completa calamidad. Pero mis argumentos, a favor de sus pasiones de rivalidad con el PSOE y Gil Robles, más fuertes en aquel momento que su miedo genético, inclinaron el precario fiel de su balanza y prometió asistir a la reunión de París.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

CONFUSIONISMO REPRESIVO

Se ha definido la política como el arte de hacer imposible la verdad. Pero la pasión o el cinismo o la necesidad de hacer de tripas corazón (o las tres cosas a un tiempo) hacen que algunos políticos nos asombren de vez en cuando diciendo lo que realmente piensan. Ha ocurrido en los últimos días en dos campos de excepcional importancia política y social: el terrorismo y la inmigración. Después de mucho penar para disfrazar lo que en verdad se piensa sobre ambos problemas, algunos explotan porque, al parecer, se lo pide el cuerpo. Como el dolor que insiste en todo lo que existe, hay dentro de ellos un demonio —o una cabra luciferina— que los lanza al monte. Jaime Blanco, eterno dirigente cantabrón del PSOE, acaba de reverdecer el discurso gálico de los mejores tiempos felipistas. Tras una manifestación de repulsa a los atentados etarras, ungido por la gracia marcial de muchos comillones apenas contenidos, dijo que la ineficacia policial contra Eta se debe al desmantelamiento, «para bien o para mal», de las estructuras de la guerra sucia, es decir, de los GAL. Sus pa-



labras fueron latiendo con mayor furia hasta ser coronadas de forma luminosa: es necesario que el Estado termine de una vez con ETA «y que no nos explique cómo lo hace». Estas declaraciones han roto la veda de

los apóstoles gálicos. Un Lanzarote salmanticense ha recordado la gran eficacia exhibida en la eliminación física de la Baader Meinhoff y de las Brigadas Rojas por parte de los Estados alemán e italiano asegurando que, en definitiva, «se pusieron en marcha todos los mecanismos democráticos» para acabar con la oleada de crímenes terroristas.

Las excelentes personas que claman a diario por la represión penal de ciertas manifestaciones de la izquierda abertzale sobre el terrorismo etarra nada han dicho, que se sepa, sobre estas clamorosas incitaciones al terrorismo de Estado. Ninguna importancia tiene para los que pensamos que la libertad de expresión ampara todas las opiniones y que lo único criminal en este campo es intentar criminalizarla. El delito de apología del terrorismo es una patente demostración de miedo a la libertad y a la democracia. Convertir a fiscales y jueces en miserables inquisidores de opiniones e ideas es usar la justicia como verdugo de la libertad. Lo verdaderamente justo es que florezcan cien rosas y compitan mil escuelas. Ante el llanto pretoriano de los inquisidores y de todos los que practican el confusionismo represivo de los garraños del poder.

El más negro discurso sobre la inmigración parecía agotado después de aquel aznariano «teníamos un problema y ya lo hemos resuelto», referido a la violenta introducción en un avión de un centenar de africanos «ilegales», expulsados de España tras haber sido drogados. Pero no. Mayor y Rajoy lo han renacido y mejorado. El primero ha dicho algo escasamente sutil pero muy elocuente: «Basta ya de buenos sentimientos». Fuera máscaras y vengan espadas. Viva el Mar Rojo del Estrecho sin un posible Moisés salvífico. En la epopeya de El Ejido anduvo más metafísico: «Si no son legales, el Gobierno no puede hacer nada, porque para el Gobierno no existen». No lo supera ni el mismísimo Spinoza. Pero Rajoy ha sido más exquisito. Reconocer derechos políticos y sindicales a los inmigrantes ilegales «es metafísicamente imposible». ¿Porque no existen para el Gobierno o porque son ilotas que pertenecen, como todo esclavo que se precie, al Derecho de cosas? Que se vayan preparando. Serán tan dulcemente tratados como lo fuese Prometeo por el padre Zeus antes de que el secreto sobre la doncella del mar aplacase su divina cólera. Ya lo dijo Pablo Neruda: «Y todos llamándose a voces/ patriotas, con el monopolio/ del patriotismo consultado/ también, en la ley del embudo».

Joaquín NAVARRO

LA TORTUGA BALZA

A l parecer, el Gobierno vasco empieza a considerar la posibilidad de proteger las líneas de autobuses de las ciudades de su Comunidad, conductores y viajeros incluidos. Vertiginosa reacción de la Consejería de Interior, que dirige Javier Balza. Parece que el Gobierno vasco ha entendido que debe actuar, ante los «indicios» de que hay un problema: los batasunos ya han quemado veinte autobuses y han estado a punto de linchar a varios de sus ocupantes. Realmente, si no se trata de una tragedia permanente, sería cosa de risa. ¿En qué mundo viven los gobernantes vascos? ¿No se dan cuenta de que parecen Don Tancredo, incapaces de reaccionar ante cada pro-

blema de orden público que tienen? ¿Qué es lo que esperan: que les quemen el Guggenheim para empezar a pensar que hay que hacer algo frente a la agitación callejera? Claro que el problema de fondo es que tienen una empanada mental que les imposibilita a actuar ante el fenómeno proetarra. No quieren irritar a HB, pero tampoco saben cómo controlar a sus milicias callejeras. Les ha costado meses decidir algunas detenciones, pero no se dan cuenta de que están incumpliendo de forma flagrante su insoslayable deber de defender a la ciudadanía que les paga con sus impuestos.

Juan BRAVO

